



Colaboraciones

LA CRUZ

T. Pérez

No de caoba. No de buena madera trabajada. No de oro, de plata o de metal noble. No de angustia de riqueza. La Cruz es un doble camino de árbol sagrado, de árbol herido, de árbol sencillamente muerto. No de nada que las manos más sencillas no sepan moldear. Sólo un par de maderos cruzados, aunque no haya figura. Jesucristo se impone al campo, a la mar, al viento de su pena y a la necesidad de la música. Dios está en la música, viva o callada.

No comprada, no vendida, no valorada por la inversión en el arte. La Cruz es una doble necesidad de llanto y de esperanza, de soledad y cobijo. Dios está en la más simple serenidad de las cosas.

No paseada, no tumbada, no bamboleada por turbas generosas. La Cruz es un signo que abarca toda la inmensidad del horizonte sin necesitar la necesidad de los hombres. Hacia ella van los que la quieren, los que la dudan, los que la humillan, los que la clavan y los que no saben qué hacer con sus restos afligidos.

No utilizada por la hipocresía, no adquirida por quienes se consideran sus únicos dueños. No rezada por los profesionales de la piedad acomodada. No sufrida por los penitentes de un día. No acompañada por nazarenos de una noche. No amparada por los necios e intolerantes que no perdonan. No crucificada por los poderosos que refugian su miseria en la grandeza inconmensurable de su forma.

Que cada uno interprete su Cruz, la imagen de su Cruz, la música de su Cruz. Desde el principio al fin, las manos clavadas, el cuerpo sagrado y las rodillas tristes son letras, imágenes y músicas intransferibles. Ni se cambian ni se venden, ni se saldan ni se agotan. La Cruz es tan particular que su interpretación pertenece al silencio más antiguo del hombre.

No prisionera de ambigüedades ilustradas. No disculpada de fanatismos y diferencias. Si Dios está en lo más elemental del hombre, no a la Cruz que se escape a su dominio.

La cruda tristeza de un poeta valiente es mi oración.
Se llamaba León Felipe:

*Más sencilla, más sencilla,
sin barroquismos,
sin añadidos ni ornamentos.
Que se vean desnudos los maderos
desnudos, y decididamente muertos.
Los brazos en abrazo hacia la tierra,
y el astil disparándose a los cielos.
Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto,
este equilibrio humano
de los dos mandamientos.
Más sencilla, más sencilla.
Hazle una Cruz sencilla, carpintero.*

